



“ Primavera ”, revolución y contrarrevolución

Jean-Pierre Filiu

► To cite this version:

Jean-Pierre Filiu. “ Primavera ”, revolución y contrarrevolución. *Awraq: revista de análisis y pensamiento sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, 2017, 15, pp.21 - 31. hal-03393538

HAL Id: hal-03393538

<https://sciencespo.hal.science/hal-03393538>

Submitted on 21 Oct 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

«PRIMAVERA», REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Jean-Pierre Filiu

La sublevación democrática que ha atravesado el mundo árabe a partir del invierno de 2010-2011 fue calificada con demasiada ligereza y frecuencia de «Primavera Árabe». Esta denominación —a modo de eco histórico de la «primavera de los pueblos» de 1848 en Europa— constituía una metáfora estacional tras la cual lo que se escondía era la voluntad de reducir esta profunda oleada a una simple variación estacional. También conllevaba el riesgo, rápidamente verificado, de hablar a continuación de un «otoño islamista», incluso de un «invierno integrista», para enterrar lo antes posible todas las esperanzas suscitadas por la «primavera», transitoria por definición.

Sin embargo, estaba claro que los partidos islamistas, gracias a su veteranía y carácter militante, tenían todas las de ganar en los primeros sufragios de una transición democrática en la región. Pero si dicha transición lograba mantenerse en el tiempo, estos mismos partidos corrían un gran riesgo de fracasar en las siguientes elecciones, como ya lo demostró la experiencia jordana de verdadera —aunque limitada— democratización, en 1989-1993. De manera que estas metáforas estacionales han mostrado numerosos límites para interpretar el periodo abierto tras la caída de los dictadores Ben Ali y Hosni Mubarak, en enero y febrero de 1991.

Una dinámica revolucionaria

El paradigma revolucionario resulta de lo más pertinente para interpretar una dinámica de contestación popular a escala de todo el mundo árabe, cuyo eslogan estandarte —lanzado en Túnez, pero rápidamente propagado de un país a otro— ha sido: «El pueblo quiere derribar el régimen» (*al-sha'ab yurid isqat al-nidham*). Contrariamente a una traducción errónea, este eslogan no apela a la «caída» (que en árabe sería *suqut*), sino claramente al «derribo» (*isqat*) de un «régimen» (*nidham*), que también supone un «sistema» de control policial y de depredación social. La ambición revolucionaria de derribar un «antiguo régimen» para sustituirlo por uno «nuevo» aparece en sucesivas manifestaciones. Este eslogan, mil veces repetido en Túnez, Egipto, Siria, Libia o Yemen, se declinó de manera menos radical en Marruecos («El pueblo quiere derribar el Makhzen») o más específica en los territorios palestinos («El pueblo quiere acabar con la división», entre Cisjordania y la Franja de Gaza).

Esta pulsión revolucionaria puede explicarse por múltiples factores, sobre los cuales ya existe abundante literatura (véase al respecto la bibliografía complementaria). Entre todos estos factores conjugados, el más importante es indudablemente la transición demográfica, acontecida en el mundo árabe en una cuarentena de años, frente a los dos siglos que duró en el continente europeo. A finales de la primera década del milenio, emerge una nueva generación de jóvenes adultos, mujeres y hombres, con un bagaje cultural más sólido que sus padres. Han crecido en núcleos familiares más reducidos, donde se valoran la ambición social y el espíritu crítico. Han participado además en una verdadera «esfera pública» árabe, donde se

ha difundido y normalizado el Árabe Estándar Moderno (AEM), desde Marruecos hasta el golfo Pérsico, gracias a las televisiones por satélite y a las redes sociales, entre otros medios.

Tanto para los observadores como para los regímenes afectados, lo realmente sorprendente no es tanto el súbito desbordamiento provocado por esta oleada de protestas durante el invierno de 2010-2011, como que no se haya producido antes, en un «sistema árabe» a punto del naufragio desde hace tiempo. La catastrófica invasión de Iraq por parte de Estados Unidos, en marzo de 2003, contribuyó a retrasar el estallido de las contradicciones árabes, al asociar una intervención extranjera, de corte neocolonial, a la caída del tirano Saddam Husein. La dimensión nacional y popular del derrocamiento de esta dictadura quedó así oculta, especialmente cuando el caos generado por el proconsulado estadounidense en Bagdad sirvió de espantapájaros contra las reivindicaciones democráticas en el resto del mundo árabe.

Los movimientos de la «primera oleada» de democratización árabe coincidieron con la crisis del bloque soviético: en Argelia en 1988 y en Jordania en 1989. Se vieron azuzados también por el contragolpe petrolero, sobre todo en sistemas como el argelino, terriblemente dependiente del ciclo de hidrocarburos. Pero ha sido en cambio en un periodo de cotizaciones petroleras particularmente elevadas —por encima de los cien dólares el barril— cuando el mundo árabe se ha visto sacudido por una «primavera» de rápida deriva revolucionaria. Además, Túnez, que es donde cae el primer déspota, en enero de 2011, carece de recursos petrolíferos; en cuanto a Egipto, donde al cabo de otro mes cae el segundo dictador, es importador neto de hidrocarburos, a pesar de su producción nacional, ampliamente insuficiente para cubrir sus propias necesidades.

Eso sí, los círculos dirigentes en Argelia y Arabia Saudí recurrieron profusamente al maná petrolero con el fin de prevenir todo contagio contestatario procedente de Túnez y Egipto. Esta redistribución de decenas de miles de millones de dólares en pocos meses demuestra —si alguna duda cabía— la enormidad de la renta sustraída por las camarillas en el poder, así como su capacidad de beneficiar o no a sus compatriotas. Pero el régimen saudí, una vez apaciguado el frente interno, no tardó en movilizarse contra las protestas populares en el país vecino de Bahréin. El movimiento de la plaza de la Perla, en Manama, por muy transconfesional y constitucionalista que se reclamara, fue caricaturizado como una subversión proiraní y antimonárquica. Esta propaganda bélica preparó el terreno a la intervención armada de Arabia Saudí y de los Emiratos Árabes Unidos en marzo de 2011, permitiendo así el aplastamiento de las protestas por parte de la familia reinante (del «régimen») de Bahréin.

En cuanto a Marruecos, su soberano, más hábil y menos represivo, lanzó un proceso de revisión constitucional que segó la hierba bajo los pies de unas protestas abiertamente reformistas. El rey de Jordania, por su lado, anunció cambios, pero sin apenas concesiones sustanciales; una maniobra facilitada por el escenario palestino, paralizado por la bipolaridad de poder entre la Autoridad Palestina en Ramala y Hamas en Gaza (las manifestaciones apelando a «acabar con la división»

solo lograron un seguimiento limitado, menor aún en Cisjordania que en Gaza). Esta incapacidad para desencadenar una dinámica duradera pese a hallarse frente a un régimen estructuralmente dividido se repitió en Iraq (a pesar de una fugaz «primavera kurda») y más aún en el Líbano. Los manifestantes palestinos, iraquíes y libaneses carecían de un «villano público» con la capacidad movilizadora de un Ben Ali en Túnez o de un Mubarak en Egipto.

Así que solo en cinco países árabes se produjo una dinámica revolucionaria suficientemente intensa como para afectar de forma significativa al conjunto del periodo 2011-2017. Vamos a analizar uno a uno estos cinco casos, para proponer una tipología de cada una de estas derivas tan distintas: la revolución con transición en Túnez; la revolución sin transición en Libia; el golpismo contrarrevolucionario en Egipto; la transición abortada en Yemen; y la contrarrevolución por aniquilación en Siria. Estos cinco escenarios nos muestran tanto la profundidad de la oleada revolucionaria como la ferocidad contrarrevolucionaria desencadenada en su contra. Más que de «primaveras» y «otoños», se trata realmente de una nueva era para el mundo árabe, donde no se ha podido restaurar en ningún sitio un autoritarismo clásico.

Revolución con transición: Túnez

Túnez suele ser presentado como la «excepción que pone a prueba la regla» del fracaso generalizado de las «Primaveras Árabes». Pero la experiencia tunequina debería ser analizada más bien como una transición democrática que culmina en el periodo 2011-2014 debido a la decisión asumida por sus principales fuerzas políticas —a veces, bajo la presión de unos poderosos movimientos sociales— de fundar una nueva república. Esta decisión fue posible gracias a la orientación imprimida a las primeras elecciones, previstas para julio de 2011 y finalmente aplazadas a octubre del mismo año. Fueron en efecto unas elecciones constituyentes, basadas en un escrutinio proporcional.

El partido islamista Ennahda encabezó los resultados, con un 37 % de los votos y 89 escaños (sobre 217), viéndose obligado a constituir un Gobierno de coalición con el Congrès pour la République (CPR, nacionalista) y Ettakatol (socialdemócrata). Este último ocupó la presidencia de la Asamblea Constituyente, el CPR la presidencia de la república y Ennahda la cabeza del Gobierno y la mayoría de los ministerios. Este reparto institucional del poder logró limitar el margen de movimiento de los islamistas tunecinos, aunque estos consiguieron perennizar su posición dominante prolongando el mandato de la constituyente (cuya duración estaba prevista para solo un año, al cabo del cual tenía que proponer una nueva Carta Fundamental). A partir de junio de 2012, gran parte de la oposición se agrupó en Nidaa Tounes ('Llamado por Túnez'), para hacer frente tanto a las veleidades autoritarias de Ennahda como a su indulgencia ante el movimiento salafista.

Esta transición democrática fue gravemente puesta en jaque a lo largo de 2013, debido a los asesinatos de varias figuras progresistas de mano de grupos yihadistas, lo que ahondó la polarización entre Ennahda y Nidaa Tounes. Fue necesaria la esforzada mediación de un cuarteto de la sociedad civil —compuesto por

el sindicato dominante (Unión General Tunecina del Trabajo, UGTT), la patronal (Unión Tunecina de la Industria, Comercio y Artesanado, UTICA), el Colegio de Abogados y la Liga Tunecina de los Derechos Humanos (LTDH)—, para lograr que ambos partidos enfrentados aceptaran sentarse a entablar un «diálogo nacional». Dicho diálogo desembocó en un relanzamiento de los trabajos de la constituyente, que fue aprobando uno a uno los artículos de la Carta, antes de corroborar el conjunto del texto en enero de 2014, por 200 votos contra 12.

Sobre la base de esta nueva Constitución, el Gobierno islamista cedió su lugar a un gabinete tecnocrático, independiente de los partidos. A este se le encomienda, tras un indispensable periodo de apaciguamiento, la organización de elecciones legislativas, en octubre de 2014, y luego unas presidenciales, en diciembre del mismo año. Nidaa Tounes logra, en estas primeras elecciones realmente legislativas, un resultado comparable al de Ennahda tres años antes (37,5 % de los votos y 86 escaños sobre 217). Los islamistas, en cambio, debilitados tras sucesivas crisis, pierden un tercio de su base electoral. Así que deciden no presentar candidato para las presidenciales, ganadas por el dirigente y fundador de Nidaa Tounes. Estos dos sufragios de otoño de 2014 logran apuntalar una transición exitosa de una república autoritaria (instaurada por Burguiba entre 1957 y 1959 y perpetuada por Ben Ali de 1987 a 2011) a una segunda república tunecina, democrática y pluralista.

La contribución de la sociedad civil al éxito de esta transición ha sido tal que, en 2015, el «cuarteto» fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz. Semejante evolución institucional sin duda no ha acabado de resolver los principales desafíos planteados al país de mano de la amenaza yihadista, la fractura regional y el malestar social, como nos lo ha recordado una nueva oleada de protestas en enero de 2016, precisamente en las mismas zonas que fueron la cuna de la sublevación contra Ben Ali, solo cinco años antes. Pero, en cualquier caso, el antiguo régimen ha quedado definitivamente desmantelado, como lo fue, tras el periodo 1989-1991, el sistema comunista en los países europeos entonces satélites de la URSS. La lealtad republicana de las fuerzas armadas tunecinas —cuyo rechazo a disparar contra los manifestantes en enero de 2011, por ejemplo, precipitó la huida de Ben Ali a Arabia Saudí—, ha desempeñado también un papel fundamental en esta transición. De hecho, ni el dinamismo de la sociedad civil ni la implicación patriótica colectiva de los militares reaparecen en ninguno de los otros cuatro casos de estudio de este artículo.

Revolución sin transición: Libia

Aferrado al poder desde septiembre de 1969, Muammar al-Gaddafi ve alzarse una sublevación revolucionaria, a partir de febrero de 2011, que triunfa en Bengasi pero solo logra la adhesión de una parte del ejército. Como resultado, una guerra civil, con la intervención de la OTAN a favor de los insurgentes, hasta la caída de Trípoli, en agosto, y la eliminación del déspota, linchado en octubre. Estos largos meses de encarnizado conflicto favorecen el surgimiento de milicias «revolucionarias» (*thuwar*), especialmente en torno a las ciudades de Misrata y Zintan, cuyas brigadas son las que toman el control de la capital. A pesar de lo cual, la

autoridad civil del Consejo Nacional de Transición (CNT) es reconocida, pues su presidente y demás miembros se comprometen a retirarse de la vida política tras la elección de un Congreso General Nacional (CGN), que se constituye sin incidentes notables en julio de 2012, bajo la égida de la ONU.

Pero las Naciones Unidas cometen, sin embargo, el error de precipitar el proceso electoral en un país profundamente dividido por cuatro décadas de una dictadura que se había dedicado a jugar a contraponer estratégicamente los intereses de regiones, tribus y etnias. Por otro lado, el CGN no define un calendario constitucional claro, en espera hasta febrero de 2014 para organizar un sufragio para una Asamblea Constituyente, compuesta por 60 miembros (20 por cada una de las tres regiones históricas de Libia: Tripolitania, Cirenaica y Fezzan). Pero en este ínterin, la situación de seguridad se degrada de forma alarmante, con la subida como la espuma de los grupos yihadistas, por un lado, y el pulso entre Misrata y Zintan por el control de la capital, por otro. Los Hermanos Musulmanes libios, a pesar de ser claramente derrotados en las elecciones del CGN, logran paralizar el ámbito institucional al promover una «ley de exclusión política», cuyos criterios resultan tan rígidos que margina incluso a una buena parte de la élite revolucionaria.

Las elecciones legislativas de junio de 2014 transcurren en un clima lamentable. Así, el CGN arguye la escasa participación (18 % frente al 62 % en su propia elección) para tachar de «ilegítimo» al nuevo parlamento. Este acaba instalándose en Tobruk, cerca de Egipto y bajo la ostensible tutela de dicho país. Libia queda así dividida entre dos Gobiernos, uno en Trípoli y otro en Tobruk, cada uno responsable ante su respectivo parlamento. Esta nueva división no sigue sin embargo las tradicionales líneas de fractura Este/Oeste (las milicias de Zintan, por ejemplo, apoyan a las autoridades de Tobruk) ni el antagonismo islamistas/nacionalistas (las brigadas de Misrata, aliadas a los Hermanos Musulmanes, no son más islamistas que sus rivales de Zintan). Pero esta polarización entre Trípoli y Tobruk hace el juego al DAESH, el mal llamado «Estado Islámico», que se implanta en Sirte, a medio camino entre estas dos capitales enfrentadas.

Esta desastrosa evolución empuja a la ONU a un nuevo arrebato de voluntarismo mediador. Un acuerdo, cerrado en Marruecos en diciembre de 2015, en torno a la unión nacional desemboca en la instalación en Trípoli, en marzo de 2016, de un primer ministro supuestamente consensuado, Fayez Sarraj, así reconocido por las grandes potencias. En cuanto al DAESH, en los siguientes meses las milicias de Misrata logran expulsarlo de su feudo de Sirte; cierto es que a un precio exorbitante. Pero este comienzo de círculo virtuoso es roto cuando el hombre fuerte de Tobruk, el autoproclamado «mariscal» Jalifa Haftar, se niega a reconocer la autoridad de Sarraj, mientras se rodea de antiguos oficiales de Gaddafi. Visto ahora desde la distancia, parece que hubiera sido preferible una prolongación del mandato del CNT para consolidar un consenso nacional para el posgaddafismo, pues unas elecciones tan prematuras al CGN han agravado las diferencias entre los libios más incluso que los combates de 2011-2012. En cualquier caso, en la primavera de 2017 el *impasse* es total en Libia.

Golpismo contrarrevolucionario: Egipto

El encadenamiento de la caída de Ben Ali con la de Mubarak ha introducido una confusión legítima en la interpretación de estos dos momentos revolucionarios. Pues así como, en enero de 2011, en Túnez se produjo efectivamente una sublevación popular, desde una perspectiva de refundación de las instituciones, lo que se produjo al mes siguiente en Egipto fue un golpe llevado a cabo por una junta militar, el Consejo Superior de las Fuerzas Armadas (CSFA). Y fue esta junta la que depuso a Mubarak, justamente para evitar una transición democrática, tras lo cual se ha dedicado con gran tenacidad, desde el momento en que es depositaria del poder ejecutivo, a neutralizar todas las aspiraciones de la «juventud revolucionaria». Así, la antigua Constitución egipcia fue simplemente enmendada vía referéndum en marzo de 2011. Los principales aliados del CSFA en su implacable labor de minado han sido, durante numerosos meses, los Hermanos Musulmanes, también opuestos a un verdadero proceso democrático, incontrolable a su parecer.

Esta alianza táctica entre generales e islamistas dura hasta el triunfo de los Hermanos Musulmanes en las legislativas de otoño-invierno 2011-2012. Ciertamente, esta organización no obtuvo unos resultados mucho mejores en Egipto, con el 37 %, que Ennahda en Túnez por la misma época; pero la opción de escrutinio mayoritario les brinda 235 de los 508 diputados, a los que suman los 121 parlamentarios salafistas. Sin embargo, esta mayoría aplastante no abrió las puertas del poder a los Hermanos Musulmanes, pues el Gobierno sigue siendo responsable única y exclusivamente ante el CSFA. Esta parálisis institucional condujo a la polarización, esta vez entre el CSFA y los Hermanos Musulmanes, con ocasión de las elecciones presidenciales de junio de 2012, finalmente ganadas por el islamista Mohamed Morsi, contra el candidato favorito de los militares (y último primer ministro de Mubarak).

No obstante, los Hermanos Musulmanes han perdido una parte sustancial de su base electoral con respecto a las no tan lejanas elecciones legislativas; se han hecho con la presidencia con una mayoría raspada. Pero a pesar de la justeza de su posición política, Morsi va a comportarse más como jefe de partido que como jefe de Estado. Cree conveniente decapitar al CSFA, en agosto de 2012, promoviendo a Abdelfattah Sissi a ministro de Defensa. Y hace gala de gran audacia constitucional, elaborando una nueva Carta fundamental de inspiración islamista. El texto, sometido a referéndum en diciembre de 2012, fue ciertamente aprobado por un 64 % de los votos, pero con una participación electoral del 33 % (compárese con el 60 % de participación en el referéndum de marzo de 2011). Si Túnez hubiera seguido la vía del referéndum para su propia Constitución, la división creada hubiera podido resultar fatal para la transición democrática. En cualquier caso, Egipto ya no va a recuperarse de esta victoria pírrica de los Hermanos Musulmanes.

Esta nueva Constitución, acertadamente acusada de liberticida por la oposición, desencadena un movimiento popular de «rebelión», *Tamarrod* en árabe. Las manifestaciones culminan cuando, en junio de 2013, millones de personas bajan a la calle en todas las ciudades de Egipto, con el claro apoyo del ejército. Sissi se alza como salvador de la patria y defenestra al presidente Morsi en julio, para un

mes después aplastar las concentraciones de islamistas en El Cairo. La ficción de un ministro de Defensa altamente respetuoso de un «presidente provisional» se esfuma en dos patadas: la primera, la aprobación de una nueva Constitución por referéndum, en enero de 2014, por oficialmente un 98 % de los votos; la segunda, la elección de Sissi como presidente de la república, en el mayo siguiente, por un 97 % de los sufragios.

Las cifras hablan por sí solas e ilustran la voluntad de retornar a las farsas plebiscitarias de la era Mubarak. A pesar de lo cual, es incontestable que una parte del electorado egipcio ha votado, con un año de diferencia, por dos Constituciones de inspiración muy diferente. Pero lo más evidente es que la jerarquía militar ha llevado a cabo dos golpes de Estado para desviar las movilizaciones populares masivas, en febrero de 2011 contra Mubarak y en julio de 2013 contra Morsi. Pero, lejos de restaurar el *statu quo* y su «estabilidad» relativa, estos dos golpes han alimentado una violencia inusitada, tanto en términos de represión política como de atentados yihadistas. El agotamiento del proceso político queda de hecho patente en el desinterés general mostrado por la población hacia las elecciones legislativas de otoño de 2015. El golpismo contrarrevolucionario ha demostrado ser todo un exterminador de las aspiraciones democráticas en Egipto.

Transición abortada: Yemen

En febrero de 2011, Ali Abdulá Saleh, que llevaba 33 años en el poder en Saná (21 de los cuales encabezando Yemen unificado), ve alzarse una oleada de protestas populares, inflamada por la caída de Mubarak. La sangrienta represión subsiguiente provoca una fractura en el seno de las Fuerzas Armadas, aunque el clan Saleh sigue controlando las unidades mejor equipadas, entre ellas la Guardia Republicana, comandada por su hijo Ahmed, que acaba sucediéndolo en el trono yemení. Pero un atentado contra el jefe de Estado y su hospitalización en Arabia Saudí le obligan a ceder el poder a su vicepresidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi. La transición, iniciada bajo la égida de la ONU en febrero de 2012, es coronada por un plebiscito de confirmación, favorable en un 99,8 % para Hadi, único candidato en liza.

Semejante resultado, ya de por sí inquietante, viene agravado por la inmunidad del dictador caído y por el mantenimiento de sus parientes en el aparato de seguridad. Los partidarios de Saleh, por su lado, juegan abiertamente al espantapájaros yihadista, con sangrientos atentados de Al-Qaeda incluso en la propia Saná, inconcebibles sin complicidades internas. El presidente Hadi, desestabilizado en un primer momento, logra sin embargo retomar la iniciativa reestructurando las Fuerzas Armadas y llevando a cabo operativos exitosos contra los bastiones yihadistas. Pero sobre todo, apadrina un «diálogo nacional» entre todas las fuerzas políticas, que desemboca en un documento de consenso en enero de 2014. Pero aunque la guerrilla hutí (de la familia al-Houthi, que la inició en Saada diez años antes) también participa en el diálogo, finalmente rechaza adherirse a las conclusiones.

Saleh, que como jefe de Estado había perseguido encarnizadamente a los hutíes, ahora se vuelve hacia ellos en busca de apoyo para derribar a su sucesor. Este acercamiento es alentado por la dinámica contrarrevolucionaria a escala regional,

pues los hutíes, inspirados por el Hezbollah libanés, sostienen a Bashar al-Asad contra una oposición tachada de «terrorista». Tal retórica antiterrorista se pone de hecho en boga tanto en el Egipto de Sissi como en la Libia de su protegido Haftar. Una ofensiva combinada de la Guardia Republicana, aún fiel a Saleh, y de los insurgentes hutíes logra hacerse con Saná en septiembre de 2014. Hadi, a la merced de sus mayores enemigos en su propia casa, se ve obligado a aceptar sus *diktats* antes de huir hacia Adén, donde reinstala su Gobierno, solo legítimo a los ojos de la ONU.

Pero el rápido avance de los seguidores de Saleh y de los hutíes hacia Adén provoca la intervención, en marzo de 2015, de una coalición dirigida por Arabia Saudí en beneficio de Hadi. Sin embargo, la «liberación» de Adén solo se logra al precio de unos combates encarnizados y allí Hadi queda sometido a la doble amenaza del separatismo sudista y de los atentados yihadistas. Los Emiratos Árabes Unidos, fuertemente implicados en las operaciones sobre el terreno, logran expulsar a Al-Qaeda del puerto meridional de Al-Mukalla. Los bombardeos de Arabia Saudí y aliados, a menudo indiscriminados, siembran la desolación en un país que es uno de los más pobres del mundo, sin lograr no obstante quebrar la potencia conjugada de los partidarios de Saleh y de los hutíes. Y por mucho que la ONU lance advertencias sobre la posibilidad de una catástrofe humanitaria, parece condenada a la impotencia.

Como en Libia, en la primavera de 2017 el *impasse* es total en Yemen, con la proliferación de grupos yihadistas de fondo. Pero, en lo que respecta a Saleh, este ha sabido caer de pie: vuelve a dominar la situación en Saná, tras ceder el poder bajo presión diplomática solo para volver a tomarlo por la fuerza bruta. Así es la fragilidad intrínseca del «guion yemení», tan aplaudido en 2012, pero cuya moraleja parece ser que a un déspota árabe no se lo domestica; es preferible neutralizarlo para evitar que hunda a su pueblo en horrores sin fin.

Contrarrevolución por aniquilación: Siria

En 2000, Bashar al-Asad literalmente «hereda» una Siria dirigida durante treinta años con puño de hierro por su padre Hafez. Una tradición dinástica y patrimonialista tan férrea prohíbe al nuevo tirano llevar a cabo la mínima concesión. Por eso, desde marzo de 2011 se dedica a reprimir despiadadamente las protestas, a pesar de que estas han hecho gala durante meses de una naturaleza claramente pacífica. Es por eso también que se emplea a fondo en sabotear sistemáticamente todas las fórmulas de transición propuestas, primero por la Liga Árabe durante el invierno 2011-2012 y luego por la ONU en la primavera de 2012. Este bloqueo político conduce lógicamente a una militarización de la oposición, lo que a su vez conlleva inevitablemente la polarización de la sociedad siria en términos comunitarios. Y el régimen de al-Asad agrava todo el proceso al favorecer indirectamente la emergencia de grupos yihadistas, primero el Frente al-Nusra, rama siria de Al-Qaeda, y después el «Estado islámico de Irak y Levante», más conocido por su acrónimo árabe DAESH.

Pero por mucho que, en enero de 2014, la guerrilla rebelde lance con éxito su «Segunda Revolución», esta vez dirigida contra el DAESH, este alarde anti-

yihadista no logra alterar en nada las posiciones internacionales: Rusia e Irán siguen ayudando incondicionalmente al régimen de Asad, mientras las democracias occidentales, Turquía y las petromonarquías siguen apoyando a la oposición, pero sin concederle realmente los medios para imponerse. En medio de este juego de suma cero, al-Asad sigue obsesionado con borrar del mapa todas las zonas donde se están desarrollando administraciones alternativas, precarias pero innegables. Esto explica el encarnizamiento contra los barrios rebeldes de Alepo, finalmente reconquistados durante el otoño de 2016 gracias a la determinante implicación sobre el terreno de Rusia, Irán y sus aliados. El déspota al-Asad puede jactarse de haber logrado enterrar toda alternativa a su régimen, pero al precio de una Siria arrasada. El balance habla por sí solo: medio millón de muertos y un millón de heridos en un país de 22 millones de habitantes; uno de cada dos sirios se ha visto forzado a abandonar su hogar, ya sea como desplazado dentro del país o como exiliado en el exterior.

Esta tipología tan diferenciada confirma que el actual aislamiento de Túnez como único ejemplo de transición efectivamente lograda desde 2011 no es de ningún modo casual. Ha sido la ferocidad de la contrarrevolución desencadenada en los demás países árabes comentados lo que explica básicamente que hablemos de «excepción tunecina» (explicada a su vez por la disciplina republicana de sus fuerzas armadas, así como por la vitalidad de su sociedad civil). Frente a semejante campaña contrarrevolucionaria, sistemática e implacable, la alternativa democrática no ha podido desarrollarse, carente además de un sólido apoyo internacional. Las democracias occidentales, asustadas por su propia audacia en 2011 en Libia, optaron por delegar en la mediación de la ONU, que por su parte ha hecho gala de una torpe precipitación en Libia, ha sido sabotada por Saleh en Yemen y estrangulada en la cuna por al-Asad en Siria. En cuanto a Egipto, estas mismas democracias occidentales han decidido —con mayor o menor entusiasmo— consagrar el poder de una versión árabe de Pinochet, con ínfulas de Nasser contemporáneo.

A esta lamentable regresión hay que sumar la escalada hegemónica de Rusia, activamente implicada al servicio de la contrarrevolución en Siria, de forma masiva y directa, y en menor medida, también en Libia, a favor del «mariscal» Haftar. Este auge del poder del Kremlin de Putin se ha visto alentado por la falta de implicación de la Administración Obama, en un primer momento, y en un segundo momento por las incoherencias de la Administración Trump. Más allá de los sufrimientos infligidos a las poblaciones árabes por políticas tan destructivas, el continente europeo también está pagando su precio, con las oleadas de refugiados y los atentados yihadistas, derivados en gran medida del despiadado encarnizamiento reaccionario contra toda alternativa democrática. Y sin embargo, toda esta represión no está logrando restaurar en ningún lugar la «estabilidad» de la que tanto alardean siempre las dictaduras militares; habría que remontarse a la invasión francesa de Egipto en 1798-1799, o a la de Siria por parte del líder turcomogol Tamerlán en 1400-1401, para hallar niveles de violencia comparables a los que sufren hoy en día estos dos países. Tal es el triste balance de la contrarrevolución árabe, que poco o nada tiene que ver con ninguna estación del año.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- ACHCAR, Gilbert (2016). *Morbid symptoms, relapse in the Arab uprising*. Londres: Saqi Books.
- DENIEUIL, Pierre-Noël y LAROUSSI, Houda (2017). *Tunisie 2011-2014, Radioscopie d'une entrée en révolution*. París: L'Harmattan.
- FILIU, Jean-Pierre y POMES, Cyrille (2016). *La Primavera de los Árabes*. Barcelona: Norma.
- FRANGIE, Samir (2012). *Voyage au bout de la violence*. París: Actes Sud.
- LUIZARD, Pierre-Jean (2015). *Le Piège Daech*. París: La Découverte.
- SEURAT, Michel (2012). *L'Etat de barbarie*. París: PUF.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Jean-Pierre Filiu es catedrático en estudios del Oriente Medio en Sciences Po, París. Historiador y arabista, ha trabajado antes como profesor invitado en las universidades americanas de Columbia (Nueva York) y Georgetown (Washington). Sus trabajos sobre el mundo árabe e islámico, publicados en París en las editoriales La Découverte y Fayard, estuvieron traducidos en más de quince idiomas. Ha publicado en España *Las Nueve vidas de Al-Qaida* (2011), en la editorial Icaria (Barcelona), y también las novelas gráficas *Los mejores enemigos, una historia de América en el Oriente Medio* (dos volúmenes, 2012-2014), y *La Primavera de los Árabes* (2016), todas en la editorial Norma (Barcelona). Ha publicado en inglés con las editoriales Hurst (Londres) y Oxford University Press (Nueva York) *The Arab Revolution* (2011), *Gaza, a History* (Palestine Book award and Guardian book of the year 2014) y *From Deep State to Islamic State* (2015).

TRADUCCIÓN

AEIOU — Traductores (Francés).

RESUMEN

La dinámica revolucionaria iniciada en el mundo árabe durante el invierno de 2010-2011 solo se ha mantenido en el tiempo en cinco países, cada uno de los cuales presenta un escenario muy específico y diferente: la revolución con transición en Túnez; la revolución sin transición en Libia; el golpismo contrarrevolucionario en Egipto; la transición abortada en Yemen; y la contrarrevolución por aniquilación en Siria. Este choque implacable entre revolución y contrarrevolución invalida los análisis superficiales sobre una «Primavera Árabe».

PALABRAS CLAVE

Revolución, dictadura, transición, democracia.

ABSTRACT

The revolutionary dynamic which took root in the Arab world during the winter of 2010-2011 has only endured in five countries, with each one displaying a highly specific and divergent landscape: revolution with transition in Tunisia; revolution without

transition in Libya; a counter-revolutionary coup in Egypt; failed transition in Yemen, and counter-revolution with annihilation in Syria. This implacable clash between revolution and counter-revolution annuls superficial analyses on an «Arab Spring».

KEYWORDS

Revolution, dictatorship, transition, democracy.

المخلص

لم تستمر الدينامية الثورية، التي إنطلقت في العالم العربي في شتاء 2010-2011، إلا في خمسة بلدان فقط، عرفت كل واحدة منها سيناريو مختلف و خاص بها: ثورة مرفوقة بعملية إنتقال في تونس؛ ثورة من دون عملية إنتقال في ليبيا؛ إنقلاب مضاد للثورة في مصر؛ إنتقال مجهض في اليمن، و ثورة مضادة عن طريق الإفناء في سوريا. و يبطل هذا الصدام القوي بين الثورة و الثورة المضادة التحليلات السطحية حول «الربيع العربي».

الكلمات المفتاحية

الثورة، الديكتاتورية، الإنتقال، الديمقراطية.